

Un paseo por el jardín

Una mañana de 1957 —yo tenía, por aquel entonces, 11 años—, caminábamos por el Jardín des Tuileries y el día despejado otorgaba al paseo la gracia del desvío. De improvviso mi padre me dijo: «Sigue caminando» y se detuvo. De un bolsillo sacó lápiz y papel. Poco a poco me fui alejando. Durante ese par de minutos había escrito algunos versos. Así el espacio cobijaba una breve soledad. Y tal vez su poesía lleve consigo el rigor distraído de aquella mañana. Ese trazo invisible sin espejo ni figura. El esplendor del pensamiento inventa un intervalo. La ocasión de un juego. Cercanía y lejanía. Recogimiento sin orilla. Inicio del poema y corazón de cada página. Componer, combinar una distancia consigo misma. Sin omitir aquello que dispersa lo posible y lo convierte en sintaxis.

Y tantas veces conversamos. Ignorando esa terraza sin pertenencia donde las palabras, de paso por las sílabas, se ajustan al acorde del propio canto. Contemplando a ciegas la alegría del hallazgo. Pliegue y despliegue. Todo recogido en tiniebla. Todo esparcido en lo visible. Ni lo uno ni lo otro. En la evidencia del secreto. Y a viva voz, prescindiendo del remanso de una tradición. Pienso en la imagen intacta, sin asidero. Mi padre discutía conmigo al respecto. Ambos, a media tarde, actores de una obra ya lejana. En juego los vocablos. Infinito matiz de su linde. Y a mayor abundamiento, de su deslinde. Ambos contemplando un abismo. De pronto, silencio. El recuerdo repentino de un verso de Góngora traba su voz. Acusa sus rasgos. Al borde, lágrimas hiladas al canto, apenas audibles: «interposición, cuando».

Volvamos a la «Soledad primera»:

*Rayos —les dice— ya que no de Leda
trémulos hijos, sed de mi fortuna*

*términos luminosos y —recelando
de invidiosa bárbara arboleda
interposición, cuando
de vientos no conjuración alguna—*

El oído de mi padre desvela un esplendor en esas dos palabras. Percibe un destello. Poco a poco, a lo largo de los años, «interposición, cuando» se convierte en horizonte de un ritmo sin rima que no sea ruptura de un cristal en medio del lenguaje.

Abro uno de sus libros y leo en voz alta:

*si la que canta
en el rescoldo
cuida
vuestra precisión audaz
hasta el llanto
que no recuerda al borde
del bosque azul
difundido en los placeres
de ambas rodillas
y mis...*

Los puntos suspensivos no sesgan el sentido. Cuidan la delicada intimidad de los vocablos cuyo acorde tiembla, se recoge y abre a su propio desenlace. Y permanece un «boscaje azul». Aquella lejanía estremece la memoria.

Godofredo Iommi Amunátegui